

ISSN: 0210-749X

## NUEVA LECTURA DEL "DIARIO ÍNTIMO" DE UNAMUNO

### *A new reading of Unamuno's Diario íntimo*

Ángel-Raimundo FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

*Monasterio de Cilveti, 2, 5.º B*

*E-31011 Pamplona (Navarra)*

*Teléf. 948 25 96 62*

Fecha aceptación original, diciembre 1997

BIBLID [0210-749X (1997) XXXII]

Ref. bibliogr. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Ángel Raimuno. Nueva lectura del "Diario íntimo" de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1997, XXXII páginas

#### RESUMEN

El autor, que ya había trabajado sobre el *Diario íntimo* en 1962-1963, vuelve ahora a reflexionar sobre el tema comentando los estudios publicados desde entonces, revisa sus propios juicios y sostiene, con matices, la misma tesis de hace treinta y cinco años, tanto sobre la crisis religiosa unamuniana de 1897 como sobre la estructuración de la personalidad de Unamuno, que incide en su inautenticidad, que no comedia. De todo ello se deriva la contradicción perpetua en que vivió toda su vida. Analiza con detalle dos aspectos: la contradicción que evidencia el *Diario íntimo* entre razón y verdad vital, entre morir y sobrevivir. Las afirmaciones se apoyan en citas y en el comentario de textos del Diario. Todo tras una relectura entrañada más que especulativa.

## ABSTRACT

The author, who had already worked on the *Diario íntimo* in 1962-1963 returns to it, approaching the topic through commentaries on the studies published since then, revisions on his own judgements, and the defense, with nuances, of the same thesis he presented thirty five years ago; both concerning Unamuno's 1897 crisis and the structuralization of Unamuno's personality, which influences his lack of authenticity, but not his comedy. All of this results in the perpetual contradiction in which he lived his life. Two aspects are analyzed in detail: the contradiction, as shown in the *Diario íntimo*, between reason and vital truth, dying and surviving. The statements are based on quotes and textual commentary on the *Diario*. All of this, after a re-reading that is more thorough than merely speculative.

## 0. INTRODUCCIÓN

En el año 1957, aquí en Salamanca, participé de la alegría que supuso para Armando Zubizarreta el hallazgo de los cuadernillos del *Diario*. Fui uno de los primeros en saber la noticia y en tener en mis manos las cinco libretas de pastas de hule. Aquella primera lectura fue apasionada y apasionante.

Del hallazgo dio cuenta Zubizarreta en el *Mercurio Peruano* primero, y luego en *Ínsula*; y aprovechó el texto en otras varias publicaciones. Luego fue conocido por Charles Moeller y tenido en cuenta en el capítulo dedicado a Unamuno en su *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, volviendo sobre el tema en *Textos inéditos de Miguel de Unamuno*<sup>1</sup>. También publicó Sánchez Barbudo en *Ínsula*<sup>2</sup> un extenso artículo que luego recogió en sus *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*<sup>3</sup>.

Por mi parte, tuve oportunidad de disertar sobre los temas centrales del *Diario* en un ciclo de conferencias que el Ateneo de Santander dedicó a Unamuno en el curso 1962-63. Allí expuse "Unamuno o la voluntad de creer" y "Unamuno y el tema de la muerte", que luego publiqué en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*<sup>4</sup> y posteriormente fue recogido en mi libro *Unamuno en su espejo*<sup>5</sup>.

En estos días he repasado todos esos trabajos añadiendo la lectura de otros artículos como el de Mario Baeza, "La espiritualidad teológica del *Diario íntimo*"<sup>6</sup>, o el más extenso de Bueno de la Fuente, "La estructura antinómica

1. Cartagena: Athenas Ediciones, 1965.

2. Número de noviembre-diciembre de 1964.

3. Madrid, 1968 (capítulo «El diario de 1897», pp. 133-72). En este libro (pp. 13-79) reproduce también su artículo «La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: la crisis de 1897», publicado en la *Hispanic Review*, XVIII, 1950, pp. 218-43; los dos artículos son anteriores al hallazgo del *Diario íntimo*.

4. N.º XLIII, pp. 175-82.

5. Valencia: Editorial Bello, 1976.

6. *Cuadernos Hispano-Americanos*, 1987, núms. 440-41, pp. 175-85.

de lo real. Presupuestos ontológicos del Diario íntimo de Unamuno”<sup>7</sup>. Ambos me han interesado en lo puramente especulativo pero no han entrado en la órbita de lo que yo entiendo es lo primordial vital del *Diario*. Importa la teología y la filosofía, pero más el entrañamiento que acerca a la comprensión, no de los conceptos –importante, por supuesto– sino de la personalidad contradictoria de Miguel de Unamuno. Y en este sentido (y aunque no sea un estudio directamente centrado en el *Diario*, sino una interpretación de conjunto del hombre y del creador literario) sí que me ha interesado en su momento, y ahora de nuevo, el prólogo que el P. Félix García escribió para la edición del *Diario íntimo*<sup>8</sup>. En él sostiene, en esencia, la misma tesis que he defendido siempre respecto de la sinceridad, de la cordialidad y de la fe *sui generis* del Rector de Salamanca. No entra en la explicación más profunda de la estructuración de su personalidad y la dialéctica que ello supone. Cuando el P. Félix García escribe: “El corazón le reclama, le pide esa presencia de Dios, la necesita para dar una tregua a su bracear incesante, a sus apremiantes interrogaciones”, apunta al enfrentamiento *razón-verdad vital*. El propio Unamuno, en el artículo “Mi Religión”, escribió: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas que no he de encontrarla mientras viva”.

El P. Félix García emparenta a don Miguel con el cristianismo pascaliano y los tonos paulinos y agustinianos, porque “del corazón le brotan sus mejores razones”. Y añade: “Cuando a Unamuno le funciona el corazón, de acuerdo con su gran inteligencia desposeída del orgullo, es admirable; le brota, a pesar suyo, el poeta y el creyente. Cuando, al contrario, pone en marcha el mecanismo de su inteligencia, implicada en paradojas y contradicciones, se desvía y da bandazos”.

Al reflexionar de nuevo en estos días pasados sobre el contenido del *Diario íntimo* y sus tonalidades estilísticas, confirmo mis tesis de hace treinta y nueve años. Sigo sosteniendo que la crisis religiosa de 1897 comprometió de un modo u otro la vida entera de don Miguel de Unamuno. Fue una agonía religiosa que se convirtió en el eje de toda su actividad futura y, por tanto, en clave de la interpretación de su vida y de su obra. Me parece que el episodio de Alcalá es el fundamento del criterio valorativo de su quehacer literario, tan estrechamente ligado a la vida de su autor.

En el capítulo primero, que da título a mi libro antes citado, abordé la problemática de la estructuración de la personalidad unamuniana desde el fondo vital, pasando por las vivencias emocionales y llegando a la estructura superior. La inautenticidad, que no insinceridad, hizo que su horizonte noético se recortase centrándose cada vez más sobre su realidad anímica, y que su voluntad se fuese incapacitando para la decisión (“No sé resolverme... Difiero todos los días...” “padezco un gran desfallecimiento de la voluntad, no sé decidirme

7. *Burgense*, 1986, n.º XXVIII, pp. 149-200.

8. Madrid: Escelicer, 1970, pp. VII-XXV.

dirme a nada”) y cuyo ejemplo más revelador es el que cuenta en el *Diario* a propósito de ir a esperar a su madre a Medina del Campo.

La disarmonía entre su esfera superior y sus vivencias y sentimientos condujo al autor a una dialéctica agónica entre su razón y su fe, entre su lógica y sus tendencias cordiales. Si bien es cierto que en el *Diario*, por su propia naturaleza, no hay una redacción sistematizada sino que los pensamientos van naciendo unos de otros o dependen de la lectura espiritual que hace el autor, sin embargo el lector percibe que hay unos problemas recurrentes que son los que subyacen, causan y alimentan la crisis. Tales problemas se encadenan y forman un todo que solo cabe dividir para un análisis ocasional como este. Por ello, sirviéndome del texto y tratando de ser fiel a su mensaje, me ocuparé de dos aspectos que me parecen importantes: *razón y verdad*, *morir y sobrevivir*.

### 1. RAZÓN Y VERDAD VITAL

Ese es el problema profundo que se debate en el *Diario íntimo*: la *razón* frente a la *verdad vital*, a la sabiduría de los sencillos que se alcanza por la humildad.

Del lado de la razón está, como causa primera de la crisis, la soberbia, las figuras lógicas (“Perdi la fe pensando mucho en el Credo y tratando de racionalizar los misterios y de entenderlos de modo racional y más sutil...”) frente a la práctica religiosa sencilla y humilde de la oración (“La oración es la única fuente de la posible comprensión del misterio”). El jueves 20 de mayo de 1898 anota: “Triste empeño el estudiar la religión y querer explicarla con el análisis”.

Unamuno es consciente de esa disarmonía entre *razón y verdad*, de que en él tal situación reviste caracteres trágicos y de que acaso su destino sea el de vivir siempre inmerso en esa agonía: “¿Es que hay en mí dos yos y uno traza esas líneas y otro las desaprueba como delirios?”; “¿Tendré que sacrificar mi razón al cabo? Esto sería horrible pero hágase, Señor, tu voluntad y no la mía”.

Por un lado se sentía víctima del intelectualismo y por otro rechazaba o se rebelaba contra lo dictado por su corazón: “Parece imposible que escriba yo estas cosas y que luego me rebele contra ellas». Y remata en el primer *Cuaderno*: “Con mi razón negaba a Dios... reconocía con el corazón a mi Dios”.

A lo largo de los dos primeros *Cuadernos*, cuando Unamuno monologa sin apenas apoyaturas textuales, va perfilando los rasgos de esa dialéctica que le mantiene en un querer creer y le impide un definitivo creer.

La soberbia le lleva, incluso, a maquinar vanaglorias en su posible conversión (“ser un converso célebre”, entrar en un “catolicismo de relumbrón”) o a la tentación de la comedia de la conversión, representar el papel sin ver la realidad. El orgullo alega libertad frente al dogma, pide no “formar en fila, no reconocer superior”. Exige, incluso, “una revelación directa, una señal

especial”, y le hace pensar que “muerto yo se acababa el mundo”. Pero luego afirma: “la verdad no se busca en la razón, se busca en la fe”. Frente a la soberbia de la razón opone la sabiduría de la sencillez, la santa libertad del obediente, el reencuentro con la niñez y la vida espiritual de aquellos años; frente a la letra que mata, el espíritu que vivifica, la caridad que salva; frente a las conversaciones y ruido del mundo, el silencio que ayuda a conversar con Dios (“no hay música más grande ni más sublime que el silencio”).

“Porque la razón humana, abandonada a sí misma, lleva el absoluto fenomenismo, al *nihilismo*”. En cambio, “por la fe recibimos la sustancia de la verdad, otra sabiduría, la de la fe”.

En esta dialéctica *razón vs. verdad* reitera una y otra vez, y tajantemente, lo mismo con leves variantes léxicas: . El nihilismo racionalista, el racionalizar la fe lleva a la esclavitud en vez de llevar a la libertad en Cristo.

Lo que ocurre es que esa fe a la que apela está ahí, a un paso, pero no se decide a entrar en ella. Al comienzo del segundo cuadernillo escribe: “el racionalismo mata toda vida espiritual y solo reconociendo la nada de nuestra razón cobraremos por la fe el todo de la verdad”. El nihilismo racionalista, el racionalizar la fe lleva a la esclavitud en vez de llevar a la libertad en Cristo.

Lo que ocurre es que esa fe a la que apela está ahí, a un paso, pero no se decide a entrar en ella. Al comienzo del segundo cuadernillo escribe: “más que creer, quiero creer”, y señala de nuevo a la soberbia como el obstáculo que le impide la decisión definitiva, el someterse a los hombres que representan a Cristo (p. ej., al confesor).

De la *Imitación de Cristo* copia: “no elevación de entendimiento sino fe se te pide y vida sencilla, humilla tu juicio a la fe”, añadiendo unas páginas después: “Solo es humilde de verdad el que humilla su razón”.

Llega a considerar el intelectualismo como una enfermedad terrible, tanto como la locura o el idiotismo; y al recordar la curación del ciego evangélico subraya de nuevo: “del polvo a que con el análisis reduje todo durante mi paso por el desierto del intelectualismo, ha hecho el Señor barro y me lo ha puesto ante los ojos para que desee ver... Maté mi fe por querer racionalizarla, justo es que ahora vivifique con ella mis adquisiciones racionales”.

Casi todos estos testimonios, numerosos y diáfanos, figuran en los primeros cuadernos del *Diario* que recogen la primera etapa de la crisis iniciada en 1897, cuando Unamuno está conmovido, angustiado y se dedica a reflexionar sin demasiadas apoyaturas bibliográficas. En el resto de los cuadernillos abundan más las citas y se bordea lo que el propio autor llamó “atroz bibliomanía”. A medida que avanza la crisis en el tiempo disminuyen los ecos puramente personales, aquellos que no necesitan apoyatura porque salen a borbotones del alma acongojada. Hay una excepción en la página 51 y siguientes del tercer *Cuaderno*<sup>9</sup>, en las que el autor se nos presenta desnudo tal como se ve

9. Pp. 262 y ss. de la edición del P. Félix García.

frente a Dios. En el cuarto abundan las citas, lo que evidencia que poco a poco Unamuno volvió a su intelectualismo o *librismo*.

La disociación entre el intelecto y la tonalidad sentimental, la disarmonía que ello supone, fue percibida por Unamuno, una vez fracasada la crisis religiosa de 1897, como una lucha fecunda. El 5 de febrero de 1902, en una carta a Bernardo G. de Candamo afirma “la filosofía es una matemática; la religión una intuición. Sobre esto, y desarrollando este punto de vista, proyecto escribir un libro titulado o bien *Ciencia y Religión*, o bien *Razón y Fe*. En ella asentaré la contradicción íntima e irreductible como principio fecundo de vida espiritual. No quiero buscar mi paz en armonía, concordia y compromiso que llevan a la estabilidad inerte; no quiero que firmen paz mi corazón y mi cabeza, sino que luchen entre sí, lealmente, pero con vigor... Mi vida toda se mueve por un principio de íntima contradicción”. Esta es también la idea central en *Del sentimiento trágico de la vida*.

Esa lucha, llena de alternativas entre la autenticidad y la inautenticidad (disarmonía entre la estructura superior y lo que en psicología se llama fondo endotímico) le duró, efectivamente, toda su vida. Nunca la disarmonía logró destruir ninguno de los dos elementos y por eso Unamuno, aun siendo un hombre sin fe, nunca pudo ser auténticamente ateo.

A lo largo del *Diario*, y luego a lo largo de su vida, una vez producido el desgarrón decisivo de su pérdida de la fe, se esfuerza don Miguel por crear situaciones vivenciales, se excita continuamente a sí mismo (“estoy queriendo autosugestionarme”) para producir estados religiosos. Pero tal esfuerzo, y se comprueba en el *Diario*, es estéril e inauténtico y ello porque el camino ha sido centrípeto y no centrífugo.

Todo lo afirmado no supone decir que en esa dualidad desgarrada una de las vertientes sea real y la otra ficticia. Ambas son reales, pero inauténticas en su funcionamiento recíproco, viéndose como antagonistas. Para entender a Unamuno no se puede prescindir de ninguna porque las dos son realidades ópticas, componentes de una sola personalidad, múltiple y compleja en su “aparecer”. Solo dentro de la unidad puede darse la contradicción.

No queremos volver ahora sobre la incidencia que todo esto tiene con lo que algunos llamaron “comedia” de Unamuno. En nuestro estudio, *Unamuno en su espejo*<sup>10</sup>, analizamos el problema incluso en relación con la búsqueda de Dios y su “querer creer” que se queda en un “querría”, porque su fe nunca supuso un acto de la inteligencia, y con ello desvirtuaba el sentido teologal que tiene la fe. Se puede admitir lo que Julián Marías llama heterodoxia, frivolidad en esta búsqueda de Dios. Incluso hay que aceptar aquello de Sánchez Barbudo: “mas en todo caso, Unamuno luchaba ahora sin cuidarse de la victoria, porque estaba seguro de perder la batalla, y así ésta venía a ser en verdad un trágico entretenimiento”. Pero hay que matizar: la postura de

10. Pp. 70 y ss.

Unamuno fue siempre *sincera*, aunque *inauténtica*; sinceridad y autenticidad no deben confundirse, y más en este caso, pues no coinciden.

Tampoco son aplicables, sin más, al *Diario* y también al resto de su obra, los juicios que J. L. Abellán formuló sobre el hedonismo de Unamuno en sus relaciones con el mundo del pensamiento, sosteniendo que no buscó ni valoró el contenido de la verdad, sino la elegancia del ingenio, del humor. Creo que sí valoró en el pensamiento y el corazón la verdad y supo dónde estaba. Otra cosa es que no se haya dado una aceptación plena y continua de la misma. Eso fue la consecuencia de su disarmonía de personalidad.

## 2. LA MUERTE Y LA VOLUNTAD DE SOBREVIVIR

Es la segunda coordenada del *Diario* como una consecuencia de su fracaso en la fe (“Mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación; la nada más allá de la tumba”). Nadie que posea la seguridad que da la fe y aliente en la esperanza puede hacer un problema agónico del sobrevivir. Pero quien se alimenta de dudas y se plantea rigurosamente el problema del más allá vive en perpetua tensión.

Esta presencia de la muerte, querida, incluso, por el propio Unamuno (“Siendo el principio del remedio conocer la enfermedad, y la muerte la enfermedad del hombre, conocerla es el principio de remediarla”) se alimenta de su propia experiencia, pero no se queda en el puro temor de perder la vida sino que se asienta en la voluntad de sobrevivir (en carta a Ilundáin escribe: “La obsesión de la muerte viene de plenitud de vida, la tenemos los que sentimos que la vida nos desborda, y porque nos desborda la queremos inacabable”).

Ya hacia 1891 le asediaba la idea de la muerte. Pero fue en 1897 cuando la emoción angustiada del morir se le reveló con toda su fuerza y provocó su crisis espiritual. Se sintió físicamente en las garras de la muerte y vivió hondamente la sensación de la nada. De esta emoción habla en el *Diario*. En una hojita suelta, hallada entre las páginas del *Diario*, había un apartado con un posible guión ordenador de toda la materia sobre la muerte. Ciñéndonos al *Diario* podemos afirmar que la muerte está en el origen de su crisis religiosa y que es la fuerza que la impulsa (“La emoción de la muerte, aquellas noches de angustia, me ha revelado el fruto que llevaba en las entrañas de mi espíritu”).

La muerte no puede ser motivo de inquietud sino que debe aportar luz para comprender la auténtica verdad de la vida que recibe su pleno sentido en relación con los misterios de ultratumba. Por otra parte, la muerte es también la hora de la suprema verdad.

El sueño, como imagen de la muerte, le produjo siempre cierto miedo. Se despertaba preguntándose: “¿Estaré vivo?” La visión del que duerme se asemeja a la de un muerto: “Si alguna vez se te ofrece ocasión de contemplar un

cadáver, pregúntale: ¿qué hay aquí de menos que en un dormido?; ¿qué género de sueño es éste?”

Pero el verdadero problema lo formula así: “¿Qué será de mí?”, interrogante que adquiere sentido al insertarse en el problema del sobrevivir (“es un tremendo misterio el de la sed del infinito, el de la aspiración del hombre hacia Dios”).

Hay que subrayar que Unamuno llega a escribir lo que sigue: “Vivir, sobrevivir, aunque sea en el infierno”, que se relaciona con lo que afirma al final del primer cuadernillo: “Mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada más allá de la tumba. En el infierno –me decía– se sufre, pero se vive y el caso es vivir, ser, aunque sea sufriendo”.

Para estas congojas no vale la ayuda de la razón, porque es precisamente ella la que más se sobrecoge. Ni la filosofía ni la ciencia aportan solución o consuelo alguno.

El sobrevivir, la muerte, entrañan, a su vez, el problema de la propia personalidad: ¿“Quién soy yo”? En las páginas 75-76 del primer *Cuaderno* podemos leer: “Yo recuerdo haberme quedado alguna vez mirándome al espejo hasta desdoblarme y ver mi propia imagen como un sujeto extraño, y una vez que estando así pronuncié quedo mi nombre, lo oí con voz extraña que me llamaba y me sobrecogí todo como si sintiera el abismo de la nada y me sintiera una vana sombra pasajera. ¡Qué tristeza entonces! Parece que se sumerge uno en aguas insondables que le cortan la respiración y que, disipándose todo, avanza la nada, la muerte eterna”. En el segundo *Cuaderno* hay otro párrafo que no me resisto a traer a colación: “Llega un momento en que sin que se tenga ocupada siempre la imaginación con la imagen de la muerte, ni la mente con su concepto, sin que esté aún como fondo de nuestras imaginaciones, su recuerdo se ha sustanciado en nosotros y lo llevamos presente siempre; está, aunque inconsciente, vivificando nuestras operaciones anímicas todas”.

Ese temor a la nada tiene su raíz más profunda en el orgullo; lo confiesa el propio Unamuno: .

P. Salinas, en sus *Ensayos de Literatura Hispánica*<sup>11</sup> escribió: “¡Qué pocos españoles han puesto en palabras tan apasionadas y desgarradoras, Como Unamuno, sus congojas ante la grave partida de la vida y la muerte! Salinas, que desconoció el *Diario*, pensaba sin duda en el testimonio del quehacer poético de don Miguel, en la poesía, que llamó “hija propia” frente a los otros “hijos de la bullanga”. El *Diario* ofrece pasajes y vivencias que luego estarán en los poemas posteriores; *Diario* y poemas nacieron “en lo más recatado del ser, en los últimos escondrijos del alma sin que los llamaran a existir reclamos de voces públicas, ni urgencias de actualidad externa”, añade Salinas. Por mi parte, ya consideré esta relación en mi libro<sup>12</sup> bajo el título “Del Diario al

11. Madrid: Aguilar, 1918, p. 316.

12. Pp. 145-213.



Palimpsesto poético de Unamuno” y referido esencialmente a la vivencia poética de la muerte. En el prólogo del *Cancionero*<sup>13</sup> escribe Unamuno: “Muerte de una vez y muriendo cada día como el Apóstol”, y el testimonio de que “las más de estas canciones han sido escritas tendido yo en la cama después de haber leído la Buena Nueva del día”. Si bien es cierto que el *Cancionero* tiene también espacio para otros motivos (poético-sociales y familiares), todos van unidos a su vivencia del morir que es, por otra parte, el motivo de 229 canciones.

El principio y el final de esa crisis religiosa que va de 1897 a 1936 se abre con el *Diario íntimo* y se cierra con el *Cancionero*, que viene a ser otro *Diario*.

### 3. FINAL

Otros varios aspectos pudieran ser objeto de análisis, en un tiempo que fuera más allá del que se me concede. Sin embargo, quiero recordar que las lecturas que se citan en el *Diario* revelan el *Cristocentrismo* unamuniano, ya sea en el predominio de pasajes comentados del *Evangelio de San Juan*, de las *Epístolas* de San Pablo y los *Hechos de los Apóstoles*. Salvo la *Imitación* y el P. Faber son escasos los testimonios de otras lecturas.

Hay que subrayar, asimismo, el valor estrictamente literario del texto. El aliento poético de muchos pasajes, el caminar zigzagueante o circular de lo expuesto, se corresponde con un estado de zozobra, de congoja. Parto de la idea de que el *Diario* no fue obra que el autor destinara a la publicación en la redacción que conocemos. Otra cosa es que algunos pasajes hayan pasado a ensayos, novelas, poemas, etc. Unamuno es autor que vuelve insistentemente sobre ciertos puntos incluso expresándolos con las mismas palabras. La fluidez del monólogo se tensa y se desnuda en la intimidad resguardada de quien se habla a sí mismo. Por ello la actitud fundamental de todo lector del *Diario* debe ser el entrañamiento y no la especulación. Compartir las vivencias impetuosas y su sintaxis fragmentada o yuxtapuesta; adentrarse en las reiteraciones, en los paralelismos o en las puras exclamaciones angustiadas. No hay ni una sola apelación al lector, siempre frecuentes en otras obras unamunianas. El autor se dirige a sí mismo como sujeto activo y paciente del texto y de la vida cotidiana que lo genera.

13. P. 8.